

Las marimachos de Palma: Catalina de Erauso y María Leocadia Álvarez

Renato Sandoval Bacigalupo
Universidad de Turku
ncuervos@yahoo.com
Turku-Finlandia

Resumen

A partir de una tipología de mujeres en Palma establecida por Dora Bazán, el texto hace una rápida revisión de algunas figuras femeninas que aparecen en las *Tradiciones peruanas*, centrándose después en dos de ellas, que se enmarcan en la categoría de mujeres-hombres de esa tipología: Catalina de Erauso, llamada también la Monja Alférez, y María Leocadia Álvarez, ambas monjas españolas, fugadas y travestidas de hombre.

Palabras clave: Dora Bazán, tipología femenina, cuestión de género, mujer-mujer, mujer-madre, mujer-hombre, travestimiento, Catalina de Erauso, María Leocadia Álvarez.

Abstract

Based on a typology of women in Palma established by Dora Bazán, the text offers a brief review of some female figures that appear in Tradiciones peruanas, before focusing on two of them, who fit into the category of “woman-man” in that typology: Catalina de Erauso, also known as the Monja Alférez, and María Leocadia Álvarez, both Spanish nuns who escaped and disguised themselves as men.

Keywords: Dora Bazán, female typology, gender issues, woman-woman, woman-mother, woman-man, cross-dressing, Catalina de Erauso, María Leocadia Álvarez.

Buena parte de la vida y la obra de Ricardo Palma en relación con las mujeres siempre me hace pensar en la película *El hombre que amaba a las mujeres* (*L’homme qui aimait les femmes*, 1977) de François Truffaut. Bertrand, el protagonista, no es solo un donjuán, sino también un radical admirador del sexo opuesto (sic). La madre, prostituta, no lo

quiere, lo menosprecia y prescinde de él, quien sufre en silencio. Pero Bertrand se las ingenia para leer a escondidas las cartas encendidas que mantiene la madre con sus amantes, lo que suscita en él el deseo de explorar ese ser maravilloso, misterioso y polémico que es la mujer. Aunque no es un hombre muy agraciado, esa falta es compensada con su facilidad de palabra, sus finas maneras, su gentil galantería, que le permiten los favores de mujeres de todo tipo de clase, edad, ocupación, cuyo común denominador es su belleza física, así como su deseo de que las relaciones duren lo menos posible. Pero la otra pasión del libérrimo Bertrand son los libros, tanto para leerlos y anotarlos hasta la última línea —lo mismo que Palma—, como para escribir sus experiencias amorosas, pero no con la jactancia propia de todo casanova en decadencia, sino con una mezcla de nostalgia y respeto por lo vivido, disfrutado y ahora perdido.

Mutatis mutandis, del mismo tenor se me antoja la relación de Palma con las mujeres, reales, conocidas o no, históricas o simplemente ficticias, sobre todo si las imaginaba especialmente hermosas y atractivas, según los cánones estéticos de un mundo colonial-republicano, donde primaba (y aún prima) el poder masculino y en que se tenía la mujer en segundo plano, sin voluntad propia, destinada a la vida doméstica y la procreación. Naturalmente, como la propia vida, la visión de Palma tenía algunos matices que favorecían o distinguían otros valores femeninos como la rebeldía ante el *statu quo* —aunque solían terminar mal (Ver «El motín de las limeñas»)—, la venganza («Mujer y tigre», «La emplazada»), el poder («Los tesoros de Catalina Huanca»), etc. Todo ese mosaico femenino enmarcado en la tradicional medieval de la *femme fatale* o de la *belle femme sans merci*, que remite hasta el origen mítico mismo de la historia humana, en que el Hombre pierde el paraíso por culpa de la tentadora Eva.

A propósito de esto, José Miguel Oviedo, al referirse a la mujer en las *Tradiciones peruanas*, decía que para Palma la «belleza física suele ser lo único que la mujer realmente puede llamar suyo, lo que la hace valiosa y codiciable por el hombre, más todavía si la mujer la usa con esa malicia y atrevimiento que llama en el Perú “lisura” y que tanto exaltó Palma. Si la heroína es bella, todo parece perdonársele: sus excesos son presentados como algo gracioso femenino» (Palma, 1977) en un contexto social que reflejaba el fin de una etapa colonial y el comienzo de la república.

Con todo, y felizmente, las mujeres «bellas» palmianas no siempre son tan «claras y distintas» como peligrosas y aviesas, que señalaba Oviedo. En realidad, sin dejar de ser así, hay una vasta gama de

caracteres femeninos que destacan por su poder político y económico (la virreina Ana de Borja, viuda del conde de Lemos; la protectora Rosa Campusano), cultural (las poetas Amarilis y Clarinda), militar (la libertadora Manuela Sáenz y doña Francisca Zubiaga, la Mariscala de Agustín Gamarra), torero y rejonero (la mulata Juana Breña, la marimacho: Catalina de Erauso, la monja alférez), espiritual (Isabel Oliva o santa Rosa), entre tantos otros que son susceptibles de ser abordados desde diferentes perspectivas: de género, posestructuralista, psicoanalista, etc., tal como sugiere Oswaldo Holguín a propósito de la admiración de Palma por la poeta colombiana Mercedes Álvarez de Flores (Holguín, 2023). Pero si se trata de tipologías femeninas en Palma, Dora Bazán (2016) —miembro del Instituto Ricardo Palma— ensayó una hace algunos años. Según ella, habría tres tipos mujeres en las *Tradiciones peruanas*, a saber, la mujer-mujer, la mujer-madre y la mujer-hombre.

Del primer tipo, ella afirma que es la que más aparece en esa obra. Uno de sus principales «requisitos» para considerarla así es tener entre veinte y cuarenta años. En «La fruta del cercado ajeno», Palma matiza las edades de esta manera:

Era nuestra protagonista del número de la mujer que a los quince años es perla de rico oriente; a los veinte, coral primoroso; a los treinta, nácar transparente; de los treintaicinco a los cuarenta, espléndido mosaico, después arcilla, y a los cincuenta, roca pelada. (Palma, 1968, p. 128)

Por cierto, su belleza física debe ser incuestionable, tal como señala en «Dos millones»:

Teresa Méndez era, en 1826, una preciosa joven de veintiún años, de ojos grandes, negros decidores, labios de fuego, brevísima cintura, hechicero donaire todas las gracias, en fin, y perfecciones que han hecho proverbial la belleza de las limeñas. (Palma, 1968, p. 1031)

Aunque como contrapartida, y siempre hiperbólicamente, Palma también podía resaltar la fealdad física en otras mujeres, como sucede en «Litigio original». Ahí los hermanos Ramírez de Laredo «tenían una hermana, fea como una maldición, siempre desgredada y sucia, tartamuda y tonta para colmo de desdicha» (Palma, 1968, p. 490). En «Predestinación», la salmantina Degollación tenía «una cara más fea que el pasado de usura, y una voz de caña rota» (Palma, 1968, p. 490).

O la amada de Don Dimas de la Tijereta, Visitación, que era «vieja como el pecado de gula» (Palma, 1968, p. 515).

Para no mencionar el binomio fealdad-crueldad —otro rasgo concomitante al que Palma puede apelar— como sucede con Sebastiana, la Medea peruana, en «Mujer y tigre», que, despechada, mata a Carlos luego de asesinar fríamente ante él a los dos hijos de ambos.

Como sea, en este y otros casos, las relaciones palmianas de hombre con mujeres-mujeres son básicamente físicas, tal como señala el mismo Palma en «María Abascal»:

El amor romántico o platónico es algo que se parece mucho al vino aguada. Eso de querer por solo el gusto de querer no tiene sentido común. El hombre es fuego, la mujer, estopa, y como el diablo pasa día y noche sopla que sopla, por sabido está discretamente callo. (Palma, 1968, p. 956)

Con todas estas referencias, «parecería que Palma tiene una visión degradada y degradante de la mujer-mujer que es la que atrae a los varones», apunta Bazán (2016, p. 418). Sin embargo, en «La protectora y la libertadora» hace una detenida comparación de las características de la mujer-mujer y la mujer-hombre, tomando en cuenta aspectos psicológicos, conductuales, cualidades positivas y negativas, gustos... En ellas hay algunos rasgos masculinos (poder, lucha política), pero con belleza física, aguda inteligencia y finas maneras.

Con respecto al segundo tipo femenino —mujer-madre—, Bazán es bastante escueta y precisa para reconocer lo evidente: ella es dadora de vida, la hace posible y la protege; por eso la verdadera mujer es la mujer-madre que vemos en «Haz bien sin mirar a quién». En esa tradición, la madre Juana María de Valladolid da asilo al asesino de su hijo y lo cuida, alimenta, cobija y ayuda a escapar, llevada por su sentimiento de caridad cristiana que neutraliza toda revancha. O lo que sucede en «El nazareno», donde una joven abnegada se convierte en madre de sus propios padres, a quienes alimenta y prolonga sus vidas con infinitos cuidados. Ante esa visión tan desconcertante como generosa de amor filial, el joven libertino (el Nazareno) «queda inmóvil y extasiado ante un tesoro de tal hermosura y perfecciones». Sin duda, a él y, por extensión, a Palma, esa entrega desinteresada y devoto celo les merecen profundo respeto.

Pasando al tercer tipo femenino —la mujer-hombre—, ya no se trata de mujeres con cualidades de hombre, como dice Bazán, sino de verdaderas mujeres-hombre. Es el caso de «Juana Breña, la marimacho»,

mulata torera, especialista en el rejoneo. Aquí llama la atención que Palma no solo no la describe con su habitual ironía cuando se trata de temas singulares que se prestan a todo tipo de opinión, sino que se condeule cuando ve que esta es atacada malamente por un toro y, luego, cuando el tradicionista revela alivio al ver que a la postre ella sale viva de ese trance y por eso decide colgar los rejones.

O lo que atañe a la Lunareja Gertrudis, de «Una moza de rompe y raja», una buhonera, vulgar, indecente, de lenguaje procax e desafiadora, algo que en teoría es privativo de varones soeces y, para colmo, es simpatizante de la colonia española. Tras momentos enojosos por su mal carácter y sus insultos lanzados por doquier que la llevan a calabozo, ella sale libre sin mayores trámites y, como «Juana, la marimacho», sin ningún comentario crítico e irónico que suele prodigarse Palma con personajes que a él no le merecen mucho admiración, presencia física o valor.

En la misma línea del tipo mujer-hombre propuesta por Dora Bazán, nos detenemos ahora en los casos de Catalina de Erauso (tercera serie) y María Leocadia Álvarez (octava serie). Ambas fueron monjas españolas de realidad histórica, que huyeron de sus respectivos monasterios disfrazadas de hombre, y que el resto de sus vidas vivieron como hombres de armas, luchadoras en campos de batalla y en un mundo de violencia, de aventuras peligrosas, de capa y espada, todo lo opuesto a lo que entonces regía para la mujer destinada a quehaceres domésticos o a tareas «espirituales». En parte, por resistir a esas funciones serviles e inocuas, es que se disfrazaron de hombre para demostrar que podían cumplir las mismas acciones, incluso superándolas en no pocos casos. Pero aquí con el añadido de que a Catalina y María Leocadia las movía su callada convicción de ser absolutamente masculinas, en una época en que el sexo solo se presentaba con la ecuación macho-hembra, lo que reflejaba la inestabilidad y relatividad de la noción de género en la construcción de la identidad.

Al respecto, en la literatura como en la historia, ha habido muchos casos de travestimiento por causas semejantes. Ejemplo de ello es la monja Marina (siglo VIII), quien quería entrar a un monasterio (de monjes) con su padre, y como no estaba permitida la entrada a las mujeres, se disfrazó de hombre y se presentó con el nombre de Marinus. Más tarde ella fue acusada de haber embarazado a una mujer, algo imposible. Pero ella aceptó la culpa, fue expulsada del monasterio y vivió el resto de su vida criando al niño. No reveló su identidad hasta su muerte.

También figura Juana de Arco, campesina francesa medieval. Para liderar el ejército francés en la guerra contra Inglaterra, decidió disfrazarse de hombre para lograrlo. A los diecinueve años fue presa y condenada a la hoguera por ser considerada bruja, hereje y por vestir ropa de hombre, algo que desde casi siempre era una falta gravísima. O Malinda Blalock, que se disfrazó de hombre para luchar en la Guerra Civil norteamericana (Secesión), siguiendo los pasos de su esposo, bajo el seudónimo de Samuel Blalok.

En la literatura universal, tanto de Oriente (el *Bhagavad Gita* o el *Genji Monogatari* de Murasaki Shikibu) como de Occidente, hay muchísimos ejemplos de este clase, sobre todo en el barroco, donde las apariencias, la duda, la contradicción, el misterio son rasgos propios de una época de Reforma y Contrarreforma, para limitarnos al mundo español (Cervantes, Lope, Calderón de la Barca, Mira de Amescua y, claro, la autobiografía de la Monja Alférez de Catalina de Erauso); así como para no mencionar un sinnúmero de mujeres disfrazadas en la narrativa hispanohebrea y romance del siglo XIII («Lo que sucedió a Yasefeh y a sus dos amadas» de Ya'aqob ben El'azar; el *fabliau* «Berengier au lonc cul»; *El libro de Silence* de Heldris de Cornuälle, *Aucassin y Nicolette*, entre otros).¹

Catalina de Erauso (1592-1650) es una figura especialmente fascinante, ya que su vida está marcada por la ambigüedad de su género. Disfrazada de hombre, se alistó como grumete en un barco con rumbo a Sudamérica. Una vez allí, se distinguió por su arrojo y ferocidad en la lucha contra los mapuches en Chile, por lo que le confirieron el grado de alférez. Nadie descubrió que era una mujer hasta que, en 1624, ella se lo confesó a un obispo tras ser gravemente herida en un duelo. También declaró que había mantenido relaciones amorosas con mujeres, pero que seguía siendo físicamente virgen. Enviada a España para su recuperación, Felipe IV recompensó sus valerosas acciones con una pensión y el papa Urbano VIII la acogió con beneplácito. Años más tarde decidió trasladarse a México, adoptando una nueva identidad masculina y dedicándose al arriaraje. Su autobiografía *Historia de la Monja Alférez Doña Catalina de Erauso*, mundialmente conocida, hasta hoy concita asombro y sumo interés.

¹ Sobre esto, cf., por ejemplo, Paulina Lorca Koch (2014) y Ana María Martín Contreras (1998). Y sobre la mujer en el Barroco, ver Ulloa Cavero, Ana María y Sarmiento Mamani, Edu Raúl (2021).

Palma se refirió a ella en por lo menos dos de su tradiciones: en «¡A iglesia me llamo!» (tercera serie, 1894) y «Mujer-hombre» (octava serie, 1896). En la primera, el habitualmente retratista exquisito y prolijo que es Palma, quien por lo general exagera al destacar lo hermoso o lo feo de las mujeres, aquí nos desconcierta con la mesura y llaneza con que describe la figura de Antonio de Erauso (es decir, uno de los nombres que usaba Catalina):

Era el alférez mozo de treinta años y que a pesar de lo imberbe de su rostro había sabido imponer respecto a los desalmados aventureros que por entonces pululaban en el Perú. Vestía aquella noche con cierto elegante desaliño. Sombrero con pluma y cintillo azul, golilla de encaje de Flandes, jubón carmesí, calzas de igual color con remates de azabache y cinturón de terciopelo, del que pendía una hoja con gavilán dorado.

Sobre su aspecto moral, Palma añadía:

Oriundo de San Sebastián de Guipúzcoa, tenía el genio duro como el hierro de las montañas vascongadas y tan endiablados los puños como el alma. Fama es que los diestros matones y espadachines de su tiempo no alcanzaban a parar una estocada que él había inventado y a la que llamaba, aludiendo a su siniestro éxito, «el golpe sin misericordia».

A esta descripción, lo que sigue nos entretiene y asombra con una vívida escena de lance de espadas, la previsible víctima, la huida del victimario y la revelación de la verdadera condición sexual del joven alférez. No hay adjetivos que alaben ni que desprecien o minimicen el valor del personaje. Se diría que de alguna manera a Palma le produce respeto, con una mezcla de admiración y temor. Una persona de carácter tan fuerte y potente como Erauso hace romo el habitual filo con que por lo general el tradicionalista despacha a los personajes que a él no le gustan o no le son gratos por razones físicas, políticas, de clase u ocupación. Al final, para no abundar en «sus originalísimas y poco conocidas aventuras», traslada el interés de los lectores a «los varios libros que sobre ella corren impresos». Y corona la historia canonizándola ambiguamente al decir que ella continuó su vida en México, vestida de hombre, sin haber pecado nunca contra la castidad, si bien se había burlado de varias mujeres a las que había prometido desposar.

Pero el caso de la Catalina Erauso reaparece explícitamente en «Mujer-hombre» (octava serie) bajo la figura de María Leocadia Álvarez, otra monja española, fugada de un convento, movida por el afán de aventuras vividas tres siglos antes por Catalina de Eraso, acaso un sosias del anacrónico Alonso Quijano en relación con el ya desaparecido mundo de la caballería. Ella, vestida de hombre, usando el nombre de Antonio Ita, sigue casi su mismo derrotero por Perú, Chile, Bolivia y Argentina, con la diferencia de que ella sí se casa; aquí con Martina Bilbao, una mujer «mestiza y pecaminosa», Palma *dixit*, a quien le había confesado su verdadera identidad y le había pedido su mano para sacarla de la prisión. Eso se produjo. Empezaron a viajar, a ganar dinero, a iniciar y quebrar negocios, y a huir de sus acreedores. Para supervivencia de ambas, María Leocadia hace trabajos muy pesados y peligrosos: enlaza y doma toros, pelea contra hombres por dinero, roba armas y las trafica. Ya con ahorros, ellas se trasladan a Cochabamba, donde Martina desposa a un hombre verdadero y delata a Antonio Ita-María Leocadia. Esta es capturada, ella revela su verdadero sexo, dos matronas la revisan y corroboran el hecho. Ita es perdonada y devuelta a su monasterio en España. «En cuanto a la ingrata y pérfida Martina Bilbao —dice Palma—, el nuevo marido a pocos meses de matrimonio le dio el pago digno de su villanía. La mató de una paliza. Me parece que no se afligirán ustedes por la difunta, ni yo tampoco».

Con estos términos cierra Palma esta tradición, lapidaria y desprovista de fuertes adjetivos, salvo los atribuidos a Martina Bilbao, lo que implica cierto respeto y solidaridad con la mujer-hombre que era la monja travestida, quien pese a su impostura y a sus maneras no femeninas como las entendía Palma, lo sacaban de su zona de confort, propio de una época en que el patriarcado era el valor supremo y cuando el concepto de género aún no cambiaba en ninguna parte del mundo.

Por todo lo esbozado hasta este punto, con respecto a la tipología femenina de Palma, propuesta por Dora Bazán, con ella se podría concluir que la mujer-hombre no atrae al hombre, pero sí la mujer-mujer, solo que su poder de atracción es fundamentalmente físico y a veces degradante, mientras que la mujer-madre puede elevarlo y, al hacerlo, puede elevar toda la sociedad (Bazán, 2001). Por mi parte, en lo que atañe al tipo mujer-hombre, se podría pensar que Palma la contempla, la admira y la respeta secretamente, aunque también le teme y lo pone inseguro, consciente o inconscientemente, al presentir quizá que la posición de hombre es puesta en duda ante mujeres que, pudiendo ser bellas, también son capaces de llevar a cabo lo mismo, y

hasta mejor, lo que por tradición era exclusiva función de los varones. Este atisbo puede ser motivo para ulteriores disquisiciones sobre el tema de género en torno a la obra polifacética e inopinadamente cambiante de Ricardo Palma, amante del amor y de las mujeres, de cara para afuera; de inseguridad y recelo, de cara para adentro.

Referencias bibliográficas

- Bazán, D. (2001). Mujeres, ideas y estilo en las Tradiciones peruanas. Universidad Ricardo Palma.
- Bazán, D. (2016). Nueva tipología de la mujer. *Aula Palma*, (13), 405-427. <https://doi.org/10.31381/test2.voi13.144>
- Erauso, C. (2006). Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma. Cátedra.
- Falconí, G. (2014). Las mariposas y el fuego: la mirada de Ricardo Palma sobre cuatro mujeres ecuatorianas. *Aula Palma*, 13.
- Flaño, T. (2015). Restaurado el retrato de Catalina de Erauso, atribuido recientemente a Juan van der Hamen. *Diario Vasco* <https://www.diariovasco.com/culturas/201506/10/nueva-cara-monja-alferez-201506100806.html>
- Garrido, E. (2019) Catalina de Erauso, una trans en el ejército. *Diario Clarín*. https://www.clarin.com/mundo/increible-vida-catalina-erauso-varon-trans-ejercito-siglo-xvii_o_B3a4yXQ.html?srsId=AfmBOopPpfaqjl4RMLqMTfnqa8oPixzJxGW_uGO8hG3KvhGQRD3Zgj8B
- Gazeau, G. (2008). Ricardo Palma y las mujeres penitenciadas en los Anales de la Inquisición de Lima. <https://www.miradamalva.com/mujeres/gazeau.html>
- Guardia, S. (2013). Mujeres, monjas, escritoras en las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma. https://www.cemhal.org/anteriores/2019_2020/1952SaraBeatriz.pdf
- Hernández, I. (2011). From Spain to the Americas, from the Convent to the Front: Catalina de Erauso's Shifting Identities. <https://www.genderopen.de/bitstream/handle/25595/1091/lhomme.2011.22.1.71%20Hernandez.Isabel.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Holguín, O. (2023). Ricardo Palma, admirador y crítico anónimo de la poeta colombiana Mercedes Álvarez de Flores. *Aula Palma*, 22, 135-159.
- Lorca, P. (2014). Mujeres disfrazadas de varón en la narrativa hispanohebrea y romance del siglo XIII. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Hebreo*, 63, 131-145. https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/35768/LorcaKoch_NarrativaHispanohebrea.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Martín, A. (1998). Las disfrazadas de hombre en La Fénix de Salamanca [de Mira de Amescua]. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/las-disfrazadas-de-hombre-en-la-fenix-de-salamanca/>
- Oviedo, J. (1996). Ricardo Palma en Tradiciones peruanas, 2.^a ed. Ediciones Unesco.
- Palma, R. (1968). Tradiciones peruanas completas. Aguilar.
- Palma, R. (1977). Cien tradiciones peruanas. Biblioteca Ayacucho.
- Pérez, S. (2002). Historia de la Monja Alférez: ¿escrita por ella misma? https://cvc.cervantes.es/literatura/aiso/pdf/06/aiso_6_2_043.pdf
- Rapp, L. (2015). Erauso, Catalina de (ca. 1592-ca. 1650). http://www.glbqtarchive.com/literature/erauso_c_L.pdf
- Ulloa, A. & Sarmiento, E. (2021). Papel de la mujer en la sociedad barroca en las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma. *Revista de Estudiantes de la Universidad Ricardo Palma*, 3(3), 123-129.
- Villatoro, M. (2014). Catalina de Erauso, la monja española que se disfrazó de hombre y combatió como soldado en América. <https://www.abc.es/historia/20140519/abci-monja-alferez-catalina-erauso-201405161602.html>

Recibido el 8 de agosto de 2024

Aceptado el 3 de noviembre de 2024